Feliz en la nueva escuela



Mayo 17 *Como Valentina Ilyevich se lo contó a Misión*

Francisco estaba atemorizado. Su mamá lo había inscrito en una escuela diferente. No podía dejar de preguntarse si los niños allí lo aceptarían o no. Tenía una buena razón para estar temeroso, ya que en la escuela anterior los niños se burlaban de él porque caminaba con muletas.

Un nuevo desafío y una gran sorpresa

Francisco nació antes de tiempo y no puede caminar sin muletas. Pero tiene una mente brillante, y estaba ansioso por comenzar sus estudios. Sin embargo, su madre temía que la asistencia a clases colocara demasiada presión sobre él, y que sus compañeritos de clase no lo aceptaran. Por eso no lo quiso matricular en una escuela hasta después que cumpliera ocho años.

Sus temores resultaron bien fundados.

—Los chicos de mi clase se burlaron de mí riéndose porque yo no podía correr ni jugar con ellos —relata Francisco—. Traté de amistarme con ellos, pero era muy difícil. Por eso, cuando estaba listo para iniciar el séptimo grado, mamá decidió inscribirme en una escuela privada.

Pero la mamá de Francisco no estaba segura de qué escuela debía elegir, donde aceptaran a su hijo y le ayudaran a cultivar las facultades de su mente sobresaliente. Una vecina le sugirió que averiguara en la escuela adventista del pueblo. Lo hizo, y se sintió complacida al ver el interés que mostraron los maestros por las necesidades especiales de su hijo. Estaban muy dispuestos a estimularlo en sus estudios. Lo inscribió en la escuela adventista.

—Me sentía nervioso ante la perspectiva de estudiar en una nueva escuela, —admite Francisco—. ¿Me aceptarían mis compañeros de estudio, o se burlarían de mí como los otros? No estaba preparado para ese primer día de clases. Mis nuevos condiscípulos me hicieron sentir que estaban contentos de que yo fuera uno de ellos. ¡Qué tremenda diferencia con la otra escuela!

Descubre al Dios que se preocupa

Francisco no conocía nada de los adventistas al entrar en esta escuela. Pero le gustaron los valores que enseñan. Le encantaron las clases de Biblia, especialmente aprender versículos de memoria y leer las historias bíblicas. Por eso, cuando el maestro lo invitó a visitar la iglesia adventista, aceptó gustosamente.

Al entrar a la iglesia la gente lo recibió con mucha amabilidad. Se sentó cerca de la salida; pero cuando algunos de sus compañeros lo divisaron, inmediatamente lo invitaron a acompañarlos para asistir a la clase de jóvenes.

La Escuela Sabática y el culto de adoración le gustaron mucho a Francisco.

Recibió la misma bienvenida amable y el trato cariñoso que había tenido en la escuela. Eso lo animó a visitar la iglesia semana tras semana. Cuando lo invitaron a servir como consejero en el Club de Aventureros aceptó alegremente la encomienda. Su bondad lo hizo muy popular entre el grupo de niños, y ahora todos obedecen sus instrucciones mientras les enseña trabajos manuales y otras destrezas. Y cuando los Aventureros celebraron su campamento, los miembros de su unidad permanecieron cerca de él para ayudarle.

Francisco se siente amado tanto en la escuela como en la iglesia; pero lo que más le importa es saber que Jesús lo ama. Les pidió a sus padres que le permitieran bautizarse, pero ellos consideraban que no se había desarrollado suficiente como para dar un paso tan importante. Sin embargo, después que algunos miembros de la iglesia los visitaron en el hogar y hablaron con la familia, estuvieron de acuerdo. Ahora saben que cuando Francisco no está en casa o en la escuela, se encuentra en la iglesia.

En la escuela este joven es un alumno sobresaliente, y en la iglesia es un líder servicial. Además de trabajar con el Club de Aventureros, se desempeña como diácono y abre la iglesia y hace el aseo. A menudo es su turno de pasar el plato de la ofrenda y recoger los diezmos a la hora del culto.

Una perspectiva animadora

Francisco ve la vida desde un punto de vista diferente al de muchos. «En esta vida no gozamos de seguridad alguna —dice él—. Hoy podemos estar muy bien, y mañana podemos accidentarnos y quedar incapacitados para realizar lo que siempre llevábamos a cabo. Por eso respetemos a los que tienen habilidades diferentes; apreciemos lo que son y lo que pueden hacer. No nos centremos en sus discapacidades. Todos tenemos limitaciones; a pesar de ellas todos somos hijos de Dios. Todos somos preciosos a la vista de Dios.

«Estoy feliz de que mis compañeros de escuela me aceptaran, porque este hecho me ayudó a comprender que Dios también me acepta».

Francisco comparte el amor de Dios con sus familiares y amigos. Ellos todavía no asisten a la iglesia, pero él no se desanima. Está decido a continuar testificando de su fe, sabiendo que llegará el día cuando decidirán rendirle la vida a Cristo. Nos asegura que cualquier problema que tenga lo hace una persona má firme al mirar a Jesús y recibir su ayuda.

«Estoy agradecido por la escuela adventista —agrega—, por sus maestros bondadosos y animadores, y por los alumnos que siempre me incluyen en sus actividades. Y estoy agradecido por la iglesia, donde me tomaron en cuenta y me incluyeron en el trabajo con los niños. Los miembros me sostienen y me dan la oportunidad de ayudar, y me muestran que todas las cosas son posibles en Cristo que nos fortalece. A veces nos encontramos con gente discapacitada que se considera inservible. Pero Dios y mi familia de la iglesia me han demostrado que soy importante para ellos».